

HACER EL CRISTIANISMO

*Encuentro de Julián Carrón con los Responsables del CLE
(Educadores de Comunión y Liberación)
Milán, 28 de febrero de 2010*

Franco Nembrini. La asamblea que vamos a celebrar esta mañana se había convocado con esta propuesta: «¿Qué ha suscitado en tu vida personal y en la de tu comunidad la llamada que Julián Carrón ha hecho estos últimos meses (Escuela de comunidad, Asamblea de Responsables, Ejercicios del CLU)?». Me permito resumir el resultado del trabajo que habéis hecho en tres preguntas. Esta es la primera: en estos dos años, desde que hemos empezado el trabajo contigo, algunos de nosotros han comenzado a tomar posición, a moverse de una determinada manera – tal como nos pedías –; estas ochenta personas que tienes delante son, en el fondo, el resultado del cambio que hemos hecho juntos, de varias amistades muy fecundas que han nacido entre nosotros. Por lo que se refiere al ambiente en que nos movemos, el mundo, los chicos con los que nos encontramos, los compañeros que conocemos, es como siuviésemos delante a muchos zaqueos y magdalenas, gracias a los cuales uno entiende que el problema no puede ser cierto reajuste moral: convertirlos en buenos chicos. Pero siempre está esa tentación, es un atajo que se asoma continuamente en la vida de los profesores. El camino fácil es esperar que el chico se adhiera a la vida asociativa del movimiento y se contente con esto, ahorrándole todo el camino de su libertad.

Julián Carrón. Reacciono inmediatamente a esto y os pregunto: ¿qué experiencia tenéis de esta propuesta?, ¿qué verificación hacéis? Porque el problema es si, en las condiciones históricas en las que estamos, pueden los chicos adherirse a algo tan reducido. ¿Creéis que esto puede ser suficiente para una adhesión real, una adhesión que dure en el tiempo? Si, como habéis dicho, a los chicos que tenemos delante no les basta algún pequeño reajuste, sino que están totalmente en las nubes, ¿cómo puede haber un atajo? No sé si hay algún atajo que les haga estudiar algo cuando no tienen ganas. Me di cuenta de que no cuando era director de un colegio y se me presentó una persona que vendía técnicas de estudio. Le dije: «Mire, el drama de mis alumnos es que no tienen ganas de estudiar; ¿el método que usted vende responde a esto?». Respuesta: «No». El problema es que no tenemos un sujeto delante de nosotros. Y cuando no hay sujeto, la primera tarea es ante todo despertar el sujeto al que queremos hacerle la propuesta.

Cinetta. Quería contarte un episodio que me ha marcado mucho. Un chaval de mi colegio conoció el movimiento. Es alguien con una fuerza sorprendente, muy inteligente, vivo, hasta tal punto que arrastró tras él a un montón de gente. Este año va a las vacaciones de bachilleres, y se mete de lleno en ellas, va a trabajar al Meeting, vuelve del Meeting, y ya no vuelve a aparecer. Y yo me sorprendí, en vez de escandalizándome, yendo a recogerlo en coche y llevándole al mejor bar de mi barrio. Le dije: «Mira, amo tu libertad más que cualquier otra cosa, pero quiero estar contigo porque te necesito. ¿Cómo va tu relación con lo que has encontrado? ¿Cómo va tu relación con Cristo?». Y él dice: «Yo he visto a Cristo vivo, no puedo negarlo, pero muy pocas veces». Yo quedé muy tocada, volví a casa y le escribí – porque en ese momento me había quedado sin palabras –: «¿Qué le habría impresionado más a alguien que nos hubiese oído, esa frase tuya de “Le he visto vivo” o la otra de “muy pocas veces”? Pienso que este es el fondo de la cuestión. ¿Qué es lo que más pesa? ¿Un instante en el que se reconoce una presencia, que en él hasta se había repetido en el

tiempo, o la duda presente? No obstante, a pesar de todo esto, sigo considerando que su libertad es algo sagrado.

Julián Carrón. A ese chico se le ha hecho una propuesta. La ha visto en acto. Por tanto, es un problema de libertad. Puedes seguir llamándole e invitándole, como harías con un amigo. Es un ejemplo que ya os he puesto muchas veces; ¿cuántas sonrisas necesita una madre para provocar la primera sonrisa de su bebé? Tú eres libre, y él es libre. ¡Sólo que tú tienes en la vida algo que te impide tomar cualquier atajo, esa es la cuestión! No puedes ponerte a organizar otras cosas que a lo mejor le sirvan porque él no está, ¡no está! Entonces tu libertad te ayuda a seguir buscándole, de una forma adecuada, con prudencia. Porque en cuanto le incordies, te va a mandar a hacer puñetas; este es el drama que vivimos con aquellos a los que conocemos.

Nembrini. La cuestión es precisamente este drama...

Julián Carrón. ¡Todos lo tenemos! Todos hemos conocido personas así, adultos, jóvenes, chavales, y siempre es el mismo drama, ¿no? Lo importante es que podemos llegar a ser una presencia allá donde estemos, testimoniando a los demás nuestra sonrisa y dándoles todo el tiempo que necesiten para que su libertad se mueva. Y esto no significa dejarles abandonados a su libertad, sino provocarles. Cuando descubrí esto, fue una liberación, porque podía ser yo mismo en clase, frente a los chicos, y darles todo el tiempo que necesitasen para decidir. Con todos mis límites; si en mi presencia había algo que ver, lo podían ver. Y si no lo había, por mucho que yo dijese lo contrario, no había nada que ellos pudiesen ver. Porque el problema – como dice don Giussani – es ser una presencia. El problema de los jóvenes coincide con el problema de los adultos: el adulto tiene que ser una presencia. De otra forma, estaremos siempre discutiendo hasta qué punto dejar libres a los muchachos y cuándo intervenir, y haremos estos equilibrios tan raros porque en realidad no sabemos cómo resolver la cuestión. Mientras que el que adulto sea o no una presencia es una cuestión que se resuelve sólo en la relación con Cristo. En otras palabras: Jesús ha resuelto el problema de nuestras estrategias y malabarismos siendo una presencia, porque este hecho da al adulto todo el margen posible para estar y proponerse con toda su libertad. ¡Y eso no lo decide el chico que tengo delante, lo decido yo! Yo, con mi presencia, puedo desafiar continuamente la razón y la libertad del muchacho, y al mismo tiempo puedo darle todo el espacio, todo el tiempo que necesite su libertad – y para cada uno este espacio es totalmente distinto, no es una fórmula matemática, porque reduciría el yo a un mecanismo –. Estamos frente al misterio del otro: o nos metemos bien esto en la cabeza o siempre trataremos de meternos en la libertad del otro. Pero no es posible: el otro es un misterio, no un mecanismo.

Nembrini. Cuando hablaba de “atajo” me refería a este mecanicismo; la idea de que el problema se ha resuelto porque he conseguido que el chico entre en la maquinaria.

Julián Carrón. ¿Y cuánto dura el chico una vez ha entrado en la maquinaria? Es la pregunta que os he hecho al principio, porque o este muchacho ha sido creado según un designio que no es el nuestro y al que debemos plegarnos, o siempre viviremos con miedo. Porque, en el fondo, tenemos miedo a que el muchacho se haga daño. Y así entramos en el corazón de la cuestión. Podemos darle todas las vueltas que queráis, pero vuestro problema es que tenéis miedo porque el Misterio ha corrido el riesgo de dejar a las personas libres (es el aspecto antropológico del problema del Infierno). Y eso nos

escandaliza y nos entra miedo. ¡Pero el Misterio no tiene miedo! Somos nosotros los que no aguantamos frente al drama de la libertad. Lo que no quiere decir desentenderse del otro; que nadie aproveche esto como justificación a su perezosa. De hecho, hay que hacer todo lo posible, desafiar al otro de todas las formas. Pero el otro permanece libre, guste o no guste, porque no lo he hecho yo.

La cuestión es si somos capaces de transmitir la mirada de Cristo: entonces podremos desafiar al otro hasta la médula, y ellos cederán frente a una presencia. ¡Y esto no depende solamente de los gestos que hacemos, sino de la forma distinta en que los hacemos! Un gesto es verdadero cuando nos hace presente a Cristo hoy. A veces damos por descontado que hacemos todo bien; pero ¿estáis seguros de ser el rostro del Misterio para aquellos que conocéis? Yo no. ¿O son mis buenas intenciones las que me hacen ser una presencia, y después, es culpa del muchacho, que no entiende? ¡Pero estamos locos! Y nosotros, ¿no tenemos nada que cambiar? ¿No debemos hacer personalmente un camino para que, después, pueda transmitirse esta novedad? No, nosotros hemos hecho ya todo lo justo, hemos hecho todos los gestos adecuados, y reconocerle es un problema de los demás. Paciencia, amigos. Esperad a que sea quien se encuentra con nosotros el que diga esto. Es el chico con el que nos encontramos el que tiene que decirlo, no nosotros. Nosotros estamos seguros de que ha sucedido algo sólo – ¡sólo! – cuando otro responde. De otra forma podría ser sólo nuestra imaginación. Que otro se adhiera es un aspecto de la verificación de que estamos haciendo un camino de relación con el Señor. Porque quiere decir que se ha despertado toda su libertad y todo su afecto para adherirse. Y sólo entonces, sólo en ese momento puedo estar verdaderamente seguro. ¿Qué otro modo tenemos de saberlo sino este?

El Misterio ha puesto en las manos de cada persona que conocemos el criterio de juicio – por eso ha corrido el “riesgo” de crearla libre –, y por eso la cuestión del corazón siempre estará presente. Y vosotros lo veis más que cualquiera en el chico. ¡Es él quien tiene el criterio! ¿Por qué? Porque es él el que tiene que decidir ante esta correspondencia que descubre. Esto no es una puntualización, una nota a pie de página, sino el núcleo de la postura de don Giussani, del recorrido que va desde *El sentido religioso* al *Por qué la Iglesia*. Don Giussani empieza hablando de la experiencia, del corazón como criterio de juicio, vuelve a ello cuando explica cómo uno puede estar ante la concepción que Jesús tiene de la vida, y termina diciendo que toda la propuesta de la Iglesia se somete al juicio de la persona. ¿Sí o no? Giussani es verdaderamente consciente de que esto es un diálogo misterioso entre dos libertades. O entendemos esto o buscamos atajos, que no sirven. Porque es inútil, puedes hacer que el muchacho participe en todas las iniciativas, pero su corazón no ha sido conquistado. Es lo que dice Giussani hablando del encuentro de Juan y Andrés: «Pedro a través de esa mirada se encuentra aferrado hasta dentro de su carácter, granítico». El problema es este: no que participe en las cosas, sino que se sienta aferrado. Después puede ser que esto suceda de manera “intermitente”. Cuándo florecerá este “ser aferrado” es un problema de tiempo: uno puede haberlo visto y no hacer cuentas con ello o rechazarlo durante años, hasta que un acontecimiento le haga entender todo el alcance de lo que le ha sucedido. Y nosotros no sabemos cuándo esa semilla dará fruto.

Cinetta. Por tanto es un continuo riesgo por nuestra parte...

Julián Carrón. Absolutamente.

Cinetta. Como la madre que sonrío a su hijo. Y esa madre sigue sonriendo por una certeza.

Julián Carrón. Esta es la cuestión: ¡si estamos seguros! Esto es el amor conmovido del Misterio.

Andrea. Hace tres semanas recibí una carta de una chica que fue alumna mía – yo enseño religión – durante tres años. Pero este año – ella ha pasado de etapa – ya no la tengo. Era una de las chicas que más atenta estaba en mis clases, mucho más que los chavales que venían a escuela de comunidad, pero ella no venía a escuela. Yo siempre la invitaba, sin presionarla, a que viniese con nosotros, pero ella jamás vino. Sin embargo, este verano ha venido a las vacaciones; yo no la había invitado, pero le llegó el aviso y vino. Estaba tan contenta que pidió a sus padres quedarse el día siguiente a las vacaciones del grupo del curso superior. Hace tres semanas me escribió una carta preciosa, contándome el encuentro que ha tenido este verano: «Yo no esperaba encontrarme con algo tan hermoso», y, tratando de describir lo que le ha sucedido, dice: «Me he sentido aceptada tal como soy, porque tenía la sensación de que cada vez que hablabais, parecía que estabais hablándome a mí. Y me preguntaba: ¿cómo conseguirán estos saber lo que yo pienso?». En la carta dice que tiene una pregunta sobre la amistad; no sabe qué hacer con sus amigas de siempre. Entonces le dije: «¡Mira qué verdadero es lo que has encontrado este verano! Es verdadero hasta el punto de que te hace preguntarte hasta sobre la cosa más importante para ti, tus amigas. Mira qué real es lo que has encontrado. ¿Te das cuenta?». Y después le pregunté: «¿Por qué me escribes esta carta ahora, en febrero?». Ella me miró y me dijo: «Porque echo de menos lo de este verano».

Julián Carrón. Esta es la cuestión.

Stefano. He conocido a un muchacho cuyo padre murió de Sida, cuando tenía cinco años. Una vez me preguntó por qué le había invitado a un gesto nuestro, y le dije: «Porque tienes una herida». Poco a poco se ha dado cuenta de que nunca había afrontado el drama de la muerte de su padre. Ha empezado a preguntar sobre él, y desde entonces ya no ha parado. ¿Qué quiero decir con esto? La compañía no debe convertirse nunca en una anestesia de las heridas.

Julián Carrón. Si uno no entiende qué es la vida, no llega a este nivel de desafío. Uno debe tener una familiaridad con la vida para actuar así. En la medida en que uno vive la vida, tiene una familiaridad con ella, puede saber dónde están los nudos que hay que deshacer y sabe que es inútil insistir. Como cuando tienes atrapado un pie y te dicen: «Corre!;Corre!»... La cuestión es desatascarlo, porque entonces correrás. ¡El verdadero desafío es encontrar la manera – si el Señor nos ilumina – de desatascarlo! Porque entonces correrás.

Albertino. Mi conversión ha sido, ante todo, la experiencia de esta certeza, estar seguro de que he sido aferrado. Pero al mismo tiempo, precisamente porque estoy seguro, tener la necesidad de que Él se revele.

Julián Carrón. ¿Qué significa esto? ¡Que nuestros movimientos no nacen del resultado! ¡Nacen de haber sido mirados así! La cuestión es que, en cambio, muchas veces

nuestros movimientos nacen de la búsqueda del éxito. Y cuando no tenemos éxito, según nuestra medida, lo dejamos. ¡Porque teníamos un proyecto! Los niños, que son mucho más listos que nosotros, lo saben perfectamente. La cuestión es: ¿de dónde nacen los movimientos que hacemos? ¡Se trata de si ellos perciben que es un movimiento verdaderamente gratuito, como estamos aprendiendo en la Escuela de comunidad, que se hace verdaderamente por puro amor! Porque esto es lo que conmueve al otro. Tengo aquí un pasaje de la pianista rusa María Judina: «Justo en mi grupo había un pesado, un chiquillo de ocho o nueve años, prácticamente sin familia, que vivía con unos parientes a los que no quería y que no le querían, llamado Akinfa; era exasperante, provocaba a todo el mundo, le tomaba el pelo a los niños judíos, se peleaba y así todo el día. Todos nosotros, y sobre todo yo que era responsable de él, tratábamos de corregirle con palabras y con ejemplo [no sólo con la palabra]; pero una vez Akinfa pasó todos los límites: le pegó a uno de sus compañeros, contestó con malas palabras a los adultos, cometió un pequeño robo y así se decidió su expulsión. Cuando llegó el momento de cumplir el castigo, de la separación, yo, no sé cómo, rompí a llorar, y entonces sucedió el segundo nacimiento de Akinfa: también él se echó a llorar, pidió perdón a todos, devolvió lo que había robado y desde aquel momento me seguía siempre a todas partes por el campo, como un cachorro fiel y les decía a todos que en su vida había visto a una maestra llorar por un alumno, que llorase, en sus propias palabras, “por el alma y la vida de un golfo”; justo este era el sentido de su asombro y de su deseo de volver a empezar el camino». Esto no es para los chicos, sino para nosotros. ¡Es para nosotros! Entonces, cuanto más familiar es esto en nuestra vida, más nos damos cuenta de que no es un problema de edad, de técnicas, sino que es lo mismo para cada uno.

Jenny. Me he conmovido cuando has leído este pasaje porque me ha pasado una cosa parecida este año. El primer día que entré en clase un chaval salió dando un portazo, sin que supiese por qué. Subió arriba y estaba a punto de pegar a la directora. Es un muchacho lleno de problemas, ha llegado a ser el caso más difícil de la escuela, tiene un montón de amonestaciones y expulsiones... Pero, ¿qué sucedió? El primer día fui tras él y descubrí que se había “rebotado” porque le había separado – dado que hablaba – de un compañero de pupitre, que era un querido amigo suyo, y esto le había hecho saltar. Entonces al día siguiente le paré, empezamos a hablar, me contó su historia: sus padres están separados, vive en un barrio pobre. Después de aquella ocasión le invité, y él ha venido de vez en cuando, a que estuviese con nosotros, los miércoles. Lo que más me impactó fue que vino a nuestra jornada de inicio y estuvo atento todo el tiempo. Cuando terminó vino a buscarme y me dijo: «Profesora, gracias por las cosas hermosas que hoy he escuchado». Yo pensé: todos le tienen por alguien malísimo, pero tiene un corazón enorme. Mientras tanto siguieron expulsándole, le echamos quince días porque daba portazos y respondía mal a los profesores... Hace unos días me para el jefe de estudios para decirme: «Mira, le hemos expulsado otra vez por una semana. Por mí, habría que expulsarlo definitivamente». Y yo le dije: «Es cierto, ya ha hecho suficientes, basta». Una compañera me oyó, me paró y me dijo: «Perdona, pero sé que tienes buena relación con él». Me tomó por sorpresa y enseguida nació una herida en mí. Porque cuando vino el jefe de estudios había reaccionado así, pensando que ya había cumplido con mi deber, por tanto lo único que quedaba era echarlo. Lo que me dijo la compañera, en cambio – aparte de que me sentí muy dolida porque entendí que yo estaba dando la cuestión por cerrada –, me ha hecho caer en la cuenta de que he olvidado que hay Alguien que no cierra jamás la partida. Hay alguien que me ha amado gratuitamente, a pesar de mis errores. ¡Qué fácil es olvidarse! Por eso te doy gracias, porque entiendo que la cuestión es que no puedo medir a los demás, y aquel día medí a ese chico.

Julián Carrón. ¡Pero a veces puedes tener que echar a alguien! Yo tuve que hacerlo cuando era director. Todos los profesores estaban allí, todos, con los focos apuntando, diciendo: «Verás cómo no se atreve a echar a este». ¡Y lo eché! ¡Pero lo espectacular fue que aquel chico se fue a otro colegio, pero cuando tenía tiempo libre venía a estar con nosotros! ¡Nosotros generamos un tipo de relaciones que nos permite hacer cosas así sin romper la relación! Yo no podía dejar de hacerlo, porque de otro modo no habría podido dirigir el colegio, hablando en términos objetivos. Pero el problema no es que tengas que hacer una cosa así, sino qué tipo de relación se ha establecido. Si se ha establecido una relación más fuerte que el hecho de que lo expulses, nada puede romperla. Después, al año siguiente, lo acepté de nuevo en el colegio. Y él, por el que nadie daba un duro, fue a la universidad, hizo una carrera y ahora es profesor. Esta es la cuestión: si hay este tipo de relación que nos permite no ahorrarle la libertad a nadie. De otra forma, estaríamos atrapados en circunstancias como esta, cuando tenemos, por ejemplo, que dirigir un colegio.

Nembrini. Creo que para muchos de nosotros el paso que nos indicas con tanta insistencia, pasar de “hacer el movimiento” a “vivir el movimiento”, empieza a aclararse con estos ejemplos. Antes has hablado, sin embargo, de una “paciencia educativa”, paciencia y tiempo. Parece que el desafío que nos haces ahora es que no se trata de “hacer del movimiento a los chavales” y así garantizar que la organización continúe, el atajo del que hablábamos antes. ¿Qué quiere decir que esto exige, para cada encuentro, cada chico particular, inteligencia, paciencia y tiempo? ¿Puedes concretar en qué consiste ese respeto por la libertad de cada chico en la tarea educativa de cada día?

Julián Carrón. La cuestión está sobre la mesa: ¿de qué vivimos? O sea, ¿por qué Dios tiene este tiempo y esta paciencia? Y no me digáis: «Porque es Dios», es demasiado fácil. ¡Por el Misterio de la Trinidad! Porque Ellos viven plenamente una vida, una plenitud que no surge de los éxitos, del resultado, y que puede dar al otro todo el tiempo que necesite. Y esto se ve, hablando en términos existenciales, en la familia. Cuando los padres tienen objetivamente esta plenitud, que les permite ser libres de cualquier chantaje del niño, tienen la posibilidad de darle el espacio que necesita. Si nosotros no vivimos esta plenitud, nos encontramos en un callejón sin salida. Por eso, el trabajo sobre la caridad que estamos haciendo en la Escuela de comunidad es tan importante. Para llegar a ser caritativos con los demás, existencialmente hablando, tienes que fijarte ante todo en cómo el misterio hace con nosotros. Y eso quiere decir que o vivimos una plenitud afectiva – que nos consiente dar todo el tiempo, todo el espacio al otro, con paciencia, para que haga su camino según un designio que no es el nuestro – o, empezamos a cometer errores por la impaciencia de no llegar a él. ¡Pero es un problema mío! Es como si yo tuviese la necesidad de que el otro responda, porque de otro modo pienso que mi acción queda sin justificar. Pero la justificación de mi acción está en El que he conocido, que me hace libre de lo que hago. ¡Porque la acción nace de la sobreabundancia de lo que tengo! Y es en esto – atención, son alertas que siempre nos indican si vamos por el camino correcto – donde entendemos si estamos haciendo esta experiencia o no: la impaciencia. Cuando la impaciencia nos atrapa, cuando queremos forzar los tiempos, pasando sobre la libertad del otro o enfadándonos con él – como si así cambiase algo –, es porque queremos imponer nuestro ritmo en vez de plegarnos al ritmo de Dios. ¿Entendéis la diferencia? Pero esto es otra historia.

Es inútil que os hagáis el propósito de ser unos profesores estupendos y de tener paciencia: ¡es inútil! Porque aquí se ve verdaderamente que hace falta volver a empezar desde el principio, haciendo el cristianismo. Y por eso no basta apelar a nuestra generosidad o a nuestra paciencia. ¡Porque no la tenemos, a no ser que vivamos de una plenitud que se nos ha dado de antemano y que se nos da constantemente – no sólo al principio – que nos alimenta constantemente, que es el alimento de la vida! Sin el que no podemos vivir. Entonces, es esto lo que nos permite dar todo el tiempo que el chico necesite para decidir, sin prisas. Recuerdo que cuando llegué a Milán, tenía la sensación de que todo el mundo me metía prisa: «Tienes que intervenir aquí, tienes que hacer esto allá». ¡No! El ritmo lo decido yo, porque soy yo el que tiene que obedecer al Misterio. Tú haz lo que quieras, pero yo decido sobre lo mío, porque esta es mi modalidad de obediencia al Misterio. Porque muchas veces, antes de intervenir, tengo que pensar durante meses en la forma de hacerlo, para ayudar al otro, para que el otro no se defienda, para actuar de una forma adecuada. Y me equivoco tantas veces, figuraos... Todos tenemos que encontrar la modalidad para decir una palabra, para hacer un gesto. ¡No hay nada mecánico, por favor! No tengo visiones en las que se me revela la solución. Cada vez que tengo que actuar supone un drama para mí. Por eso os digo: ¿cómo se realiza esto existencialmente? Tienes que esperar, tienes que escuchar, tienes que pensar. ¡Tienes que vivir! Y, en un determinado momento el Misterio nos sugiere: ahora sí, esta es la forma, esta es la modalidad más adecuada. Y tú lo verificas en la relación con el otro. Pero nos creemos que, como somos adultos, tenemos ya la fórmula con los chicos. Yo no tengo la fórmula mágica. Y esto es un drama, o mejor, es un amor, es una pasión por el otro. Por eso, como nos recuerda a menudo el Papa, Dios jamás está derrotado, porque si no encuentra una solución encuentra otra, y después otra... Y esto es paciencia. No es esperar sin hacer nada. Es una espera llena de actividad, de trabajo, de reflexión, llena de atención a lo que sucede. ¿Cómo puedo esperar sin impacientarme? Sabiendo que hay una positividad última, que hay Alguien que nos ha creado y ha muerto por nosotros. ¡Punto! Si me pongo nervioso, si necesito que el otro me responda para respirar, entonces me entran las prisas, empiezo a violentarlo, no le respeto según su ritmo. En cambio debo obedecer a la modalidad del Misterio: si tengo que esperar un instante, espero un instante, si tengo que esperar meses, espero meses. No es para nada mecánico, para nada espiritual, no, es un trabajo.

Nembrini. ¿Cómo se puede tener al mismo tiempo, por un lado, la preocupación por uno mismo y las ganas de estar dentro de los lugares y las relaciones donde se hace experiencia de lo que has dicho, y, por otro, la preocupación por la situación que Dios te ha dado, y que, quieras o no, te toca vivir? Porque a veces parece que ambas cosas se contradicen o se oponen: si me preocupo por mí mismo, es como si tuviese que dejar que se pierda la realidad que Dios me ha confiado; para preocuparme de la realidad que se me ha confiado parece que tenga que darme de lado a mí mismo. ¿Se entiende esta aparente contradicción?

Julián Carrón. Yo no sé cómo os las apañáis vosotros, pero ¿cómo podéis cuidar de vuestra realidad sin cuidar de vosotros mismos? ¿Cómo podéis cuidar de vuestros hijos sin estar contentos vosotros? Hay algunas contradicciones que me cuesta entender; digo esto no porque no existan estas contradicciones, sino porque hay que ganar claridad desde el interior de ellas. ¿Cómo haces para guiar esta realidad que se te ha puesto en las manos, o para dirigir un colegio o dar clase, o ser padre, si no te cuidas a ti mismo? Sería como decir, reduciéndolo al absurdo: ¿Cómo puedo ir a dar clase y al mismo tiempo preocuparme de comer? Si no comes, no das clase; nadie contrapone comer con

dar clase, ¿cierto? Comer es decisivo para estar en condiciones de dar clase. El cuidado de nosotros mismos, el modo en que vivimos, es la condición para entender cuál es el método adecuado para mirar a los chicos y responder a sus preguntas. La razón tiene una variedad determinada de formas de moverse. La cuestión es: ¿de dónde nace el movimiento justo? Esto es exactamente a lo que don Giussani se refiere cuando dice que Cristo ha venido para educar nuestro sentido religioso, no para ahorrárnoslo, sino para ponernos en la posición adecuada para vivirlo. Él no nos lo resuelve, pero nos pone en la posición adecuada para resolverlo. Por eso existe nuestra amistad; por eso somos cristianos, porque no podemos responder solos: no hacemos CL si no es para responder a esto. Vemos que muchos de nuestros compañeros están totalmente perdidos, mientras que lo que nosotros hemos encontrado nos pone en las condiciones más adecuadas, en la medida en que lo vivimos, para afrontar adecuadamente el problema (no para darnos la fórmula mágica para resolverlo, porque no existe). Y don Giussani nos enseñó siempre esto, escribió todo un capítulo de *Por qué la Iglesia* dedicado exclusivamente a esto: la Iglesia no tiene la misión de resolver los problemas, sino de ponernos en las condiciones adecuadas para afrontarlos. ¿Y cómo lo hace? Haciéndonos vivir la vida cristiana, porque si alguien vive la relación con Cristo, entonces está en las mejores condiciones posibles para afrontar los problemas que todos tienen que afrontar, incluso en el colegio. Y en esto no os sustituye nadie ni podéis sustituir a nadie. No sé si consigo explicarme...

Nembrini. O sea, dices que si tú estás en esta actitud, el problema ni siquiera se te plantea.

Julián Carrón. Cuidado. Se te plantea, porque el problema existe y tienes que enfrentarte a él. Pero la cuestión pasa a ser cómo puedes afrontarlo en las mejores condiciones junto a Cristo, porque lo que hagas siempre será un intento. ¿Y por qué es razonable ser cristiano, si Él no nos resuelve los problemas? ¿Cuál es la conveniencia humana del cristianismo para nosotros? Porque viviendo así se genera más este sujeto que somos nosotros; y la verdadera cuestión educativa es la generación de un sujeto que sea presencia. El problema de los chicos es el mismo problema que el nuestro, es el problema del secreto del mundo, que es la encarnación: ha sucedido algo que ha introducido una presencia diferente y al mismo tiempo una paciencia diferente con los demás, pero sobre todo ha introducido la paciencia con nosotros. Lo decía siempre en mi colegio cuando llegaban los profesores nuevos: «Tranquilo, date tiempo. No andes dándole vueltas a si los chicos te tienen miedo o te toman el pelo, no dejes que estas cosas te pongan nervioso. Hay que esperar a que tengas experiencia para estar delante de ellos, no te puedes ahorrar nada del camino que tienes que hacer, en vez de enseñarte con los chicos. No es un problema de ellos, el problema es que tú tienes que aprender, tienes que darte tiempo para madurar, para tener un dominio de la clase sin compartimentos». Este es el problema del crecimiento de cada uno como profesor, como educador, ¿o no? Todos hemos vivido esto, uno no se lo puede saltar; esto es lo que sucede en nuestro crecimiento, y en nuestro crecimiento como educadores. Por eso si aceptamos que nosotros, como los chicos, tenemos que darnos tiempo para meternos en el trabajo, entonces creceremos en la conciencia de nosotros y de los demás.

Nembrini. La pregunta se hacía en el sentido de que a veces sucede que darse este tiempo para crecer, concederse el privilegio de ciertas relaciones que hacen crecer, es como si uno pasase de los chicos y de las cosas que suceden. Como si hiciese falta esperar no se qué nivel de madurez para poder entrar en la realidad.

Julián Carrón. Eso es inútil, porque mañana tienes que ir a clase. No puedes decir: «Entonces, espero a madurar, mañana me salto las clases», y mientras tanto que el director te siga pagando el sueldo... Pero yo os pregunto: ¿para qué estamos aquí, por qué me dedicáis vuestro tiempo, para qué hacéis Escuela de comunidad, para qué vais a los ejercicios, para qué perdéis el tiempo? Tenemos que aprender a vivir la relación intrínseca que hay entre todos estos instrumentos y nuestra profesión. Una cosa parecida – por poner un ejemplo – me sucede con los novicios del Grupo Adulto, que a veces se quejan de un problema en la relación entre su vocación y sus familias; y les digo: «Si no entendéis que el bien de vuestros padres coincide con vuestra vocación, estáis perdidos. Si yo tuviese este problema, estaría en Madrid con mi madre, haciéndole compañía; pero no tengo este problema, porque le doy todo a mi madre: el modo en que acompaño a mi madre al Destino es responder a Cristo. Si yo no entiendo que le estoy dando todo a mi madre respondiendo a la modalidad con que Cristo me pide la vida, entonces no he entendido qué es la vocación. Dar la vida a Cristo: es esto lo que más ayuda a mi madre a mirar al Destino; aunque la fuese a ver todos los meses, no sabría decir con más claridad qué es la vida y qué es el Destino, no la querría tanto». Estas contraposiciones en las que tantas veces nos atascamos no existen, pero nos parecen reales porque no entendemos cuál es la relación intrínseca entre las cosas.

Marcello. Siento en mí la tentación de seguir un rol: en cierto punto te sorprendes con la única preocupación de gestionar lo que tienes delante. ¿Esto nace de lo que decías antes? Porque yo experimento esta decadencia a menudo.

Julián Carrón. Si tienes que organizar unas vacaciones, las tienes que organizar, tienes que gestionarlas; la cuestión es que, en la medida en que tú creces en esta experiencia y crece el sujeto, tú las gestionas, pero de otra manera. No puedes esperar a dar clase hasta que tengas experiencia; ¿cómo puedes tener experiencia si no das clase? Pero para no reducirte solamente a interpretar un papel, tienes que hacer un camino; en la medida en que haces un camino, en vez de prevalecer el rol, prevalece tu persona, prevalece la forma nueva que está entrando en ti y que te hace gestionar la realidad de una forma nueva; la novedad que ha sido comunicada en la raíz de tu ser comienza a verse en la forma de actuar, de manipular las cosas y, entonces, empieza a vencer al dualismo. Porque es mi persona la que se ve en el modo de mirar, de entrar en relación con todo, incluso en la forma de organizar un gesto. Se aprende arriesgando, es un intento irónico; por eso es mejor si lo hacemos juntos, si nos ayudamos con sencillez, porque cuatro ojos ven más que dos. ¡La comunión es sencilla! Pero será más sencilla si nos ayudamos todos sin presunción. Si en un gesto cada uno puede dar su propia contribución, el gesto se enriquece, corre mucho menos el riesgo de ser parcial, resulta más completo. ¿Me explico? Entonces, si tú tienes una idea y me la cuentas, es como darme la posibilidad de contribuir en tu idea; y si tú entiendes libremente que lo que te digo puede serte útil, serías tonto si no lo usases. La alternativa está entre la sencillez y la presunción. Si estamos dispuestos a colaborar así, sabiendo que somos unos pobrecillos, todo se hace más fácil; necesitamos la contribución de los demás; que generar algo se haga en comunión es un bien, no una desgracia; no es el peaje que se tiene que pagar por ser del movimiento, es un bien. Si tuvieses un dinero que invertir, ¿te gustaría que te asesorasen para que invirtieses de la forma adecuada y no lo perdieses?

Nembrini. La tercera pregunta la formularé así; es como si todavía permaneciese lejana la pasión por el colegio como un lugar, incluso en sus aspectos institucionales y

políticos. Nos movilizamos con gusto por el terremoto de Haití y no caemos en la cuenta de que, también, nuestro colegio sufre el terremoto de los cambios de programas o de horario, o de espacios de libertad... Y es como si nos costase interesarnos por este aspecto de nuestra profesión y juzgarlo, como si tuviese que ver sólo con el que tiene inclinación por él.

Julián Carrón. ¿Cuál es nuestra concepción de la fe? ¿La fe tiene que ver con todo, hasta con la política o no? La política no nos es indiferente, no porque esperemos la solución de los problemas de la política; nosotros sólo esperamos la respuesta de Cristo y de su Iglesia. Punto. Si nos interesa la política es para salvaguardar un espacio de libertad para que la Iglesia viva. Y por eso alguien que se preocupa por lo que le ha pasado no puede no interesarse por la política; tiene que ver con la fe, no es una inclinación a la política. Y cuando esto no se entiende, como suele pasar, entonces se pierde el compromiso, hasta tal punto que empezamos a ver entre nosotros los mismos síntomas de desinterés por la política que vemos por todas partes. Nada tiene una vida de por sí, y por eso es importante el nexo con cualquier aspecto de lo real: separado, pierde su interés. Exactamente como sucede en la política, donde prevalece la confusión y el desinterés avanza – que, por otro lado, es lo que quiere el poder, porque así es más fácil manipularnos –. Si uno no vive este nexo, el problema no es que no entienda de política, sino que su experiencia de fe no le hace entender toda la realidad, hasta la política. Aplicad todo esto a las cuestiones de la política exclusivamente escolar, y encontraréis el diagnóstico: nos interesa por la pasión por lo que hacemos, por los chicos que tenemos delante, por las familias a las que respondemos. Si no llegamos a esto, quiere decir que la fe no es capaz de hacer que nos interese hasta por este aspecto particular, y este es un problema educativo, es decir, tiene que ver con nuestra concepción de la fe. Si vivís una concepción privada de la fe, sin ninguna pretensión de incidencia pública, entonces estáis sucumbiendo no a un error de valoración sobre una reforma escolar, sino a una ideologización del cristianismo, que lo vuelve impotente. Por eso nuestra preocupación es que nuestra educación (la Escuela de comunidad, la caritativa) incida hasta allí, para verificar que Cristo es la única salvación de todas las cosas.